



En ti, Señor, me cobijo,
¡nunca quede defraudado!
¡Líbrame conforme a tu justicia,
tiende a mí tu oído, date prisa!
Sé mi roca de refugio,
alcázar donde me salve;
pues tú eres mi peña y mi alcázar,
por tu nombre me guías y diriges.
Sácame de la red que me han tendido,
pues tú eres mi refugio;
*en tus manos abandono mi vida
y me libras, Señor, Dios fiel.*
Sal 31, 5-6

Era ya cerca de la hora sexta cuando se oscureció el sol y toda la tierra quedó en tinieblas hasta la hora nona. El velo del Santuario se rasgó por medio y Jesús, dando un fuerte grito, dijo:
«Padre, *en tus manos pongo mi espíritu.*»
Y, dicho esto, expiró. Lc 23, 44-46



Manos resucitadas



Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros.» Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu. Pero él les dijo: «¿Por qué os turbáis? ¿Por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. *Palpadme y ved*, porque un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo.» Y, diciendo esto, *les mostró las manos y los pies.* Lc 24, 36-40

Oración final

“En brazos de mi madre”

“Una madre sale de viaje con su hijo recién nacido. Su marido inquieto le llama por teléfono y le pregunta: ¿Dónde estás?, ella le responde: Estamos en el taxi, de camino al tren. Pasado un tiempo, el marido le vuelve a llamar preguntándole: ¿Dónde estás?, ella le dice: Estamos a mitad de camino. Unas horas más tarde, una nueva llamada: ¿Dónde estás?, a lo que la mujer le contesta finalmente: Ya hemos llegado.

Si estas llamadas hubieran sido recibidas por el pequeño, y si este hubiera sabido hablar, la contestación a la primera pregunta de: ¿Dónde estás?, el niño hubiera contestado: Estoy en brazos de mi madre. A la llamada realizada a mitad del camino, la contestación hubiera sido: Estoy en brazos de mi madre. Al finalizar el viaje, a esta misma pregunta el niño hubiera contestado: Estoy en brazos de mi madre.”

Sed como niños